

plar lealtad no caerá la mancha de faltar á la palabra tantas veces jurada de ser fieles á su Rey, y á las potestades que en su nombre nos gobiernan. Sepa esa insolente faccion de infelices que á nuestras vecindades ha levantado es tandartes de insurreccion: sepa que si su voz ha podido aturdir á algunos incautos y arrastrarlos al engaño y á la ilusion; no asi en los nobles pechos mexicanos, ni en la multitud de pueblos, ciudades y provincias de esta vastísima dominacion española. Entienda que radicada en nuestros corazones la verdad de nuestros santos dogmas, estamos muy lejos de convinar las contradicciones de enarbolar banderas con las sagradas imágenes de Jesucristo y de su benditísima madre, con los crímenes, estragos, y excesos que comete. ¡Atrevidos! ¿Quando el sacrosanto nombre de Dios ha hecho sombra á crueldades, saqueos, robos, y delitos? Sepa que conocemos sus miras: penetramos sus astucias: no se nos ocultan sus aereos pero deprabados proyectos. Entienda que nuestros corazones leales sabrán hacer frente á la perfidia. ¡Falsos! ¡Que tomen el amoroso nombre de Fernando VII y fixen su busto en sus banderas para atentar á su trono y á estos sus dominios, preciosos mas que por sus tesoros, por su lealtad y union! ¡Que hayan osado poner en movimiento á la tranquila América

perturbándole el sosiego en que descansaba obediente á las autoridades y gobierno de paz y acierto que la rigen!

Americanos: esforzad vuestro aliento: manteneos firmes en la fé, en la obediencia á Dios, y en la lealtad á nuestro soberano legítimo: avivad vuestros esfuerzos: unid vuestros votos al Altísimo que protege la justa causa á que os ofreceis: mostrad con obras la sinceridad del amor de que estais poseidos; para exigirle igual de todos: tributad obsequios y servicios de verdadera caridad á todos, para que de todos sea cierta la retribucion: haced de todos la amorosa confianza que quereis que todos os depositen. Asi no solo cóoperareis sino que en eso mismo estableceis y radicais la paz, tranquilidad, y sosiego que todos debemos pagar. Esto exige el honor: esto dictan las máximas del Evangelio santo que profesamos: esto piden la razon y las leyes; por esto os instan vuestros tiernos hijos, vuestras amantes consortes, vuestros hermanos, vuestras familias: esto os manda el verdadero Dios que adoramos: á esto os guia el exemplo de los buenos y la doctrina de los santos. Fernando... ese bellissimo objeto de vuestro amor esto os ruega. Esto baste.

México 15 de octubre de 1810.—A. L. M.

NUMERO 142.

Plática moral del Presbítero Br. D. José Antonio Jimenez de las Cuevas, implorando la pacificacion del reino.

PLATICA MORAL,

Y una de las treinta y tres, que por mañana, tarde y noche se tuvieron en el solemntísimo Novenario y quatro dias posteriores, que con suma edificacion de los Fieles se han celebrado en la Iglesia del Espiritu Santo de la Ciudad de la Puebla de los Angeles á honor de estos soberanos Espiritus nuestros Custodios, implorando del Todopoderoso la pacificacion interior del Reyno contra los insurgentes de la Tierra á dentro. Dixola la noche del 24 de Octubre de 1810, el Presbítero Br. D. JOSE ANTONIO XIMENEZ DE LAS CUEVAS, Colegial y Catedrático de Prima de Sagrada Teologia en el Real y Pontificio Seminario Conciliar Palafoxiano de dicha Ciudad. Danla á luz tres individuos amantes de la Religion y de la Patria, con el fin preciso de que se impongan en estas doctrinas las personas pobres que no pueden conseguir otros papeles publicos.

Ecce videntes clamabunt foris, angeli pacis amarè flebunt. Isaiae cap. 33. V. 7.

He aqui los que lo vieren, clamarán fuera de la Ciudad, y los ángeles de paz llorarán amargamente.

1. AMENAZADA POR TODAS PARTES la Ciudad Santa de Jerusalem, imagen viva de la Santa Iglesia Militante, de un asedio, de un cerco terrible insoportable, de un incendio y debastacion universal por las tropas incontables del impío Rey Senaquerib, que como enxambres de langostas inundaban y talaban toda la Judéa; quando mas desesperado el auxilio de los hombres, se apronta benignamente

el del cielo, y no solamente atiende el Señor de los Exércitos á los deseos de los pobres, como dice David, sino que sola la preparacion del ánimo para dirigirle sus súplicas, se da ya por escuchada: *Desiderium pauperum exaudivit Dominus: praeparationem cordis eorum audivit auris tua.* ¹ ¿Y para qué? Para hacerle justicia al pupilo y al humilde, á fin de que no vuelva á emprender el hombre soberbio y arrogante engrandecerse y henchir con su dominacion toda la tierra. *Tudicare pupillo et humili, ut non appanat ultra magnificare se homo super terram.* ²

2. En efecto, el Señor Dios de los Exércitos arrebató en espíritu al Evangélico Profeta Isaias, y mucho antes que Senaquerib se acercó á las inmediaciones de Jerusalem, que siente sus reales, y que dé sus órdenes para el asalto, le dirige la palabra en estas terribles y magestuosas expresiones: "Ay de tí que has hecho presa de la Judea! ¿No es cierto que algun dia serás presa de mi divina venganza? ¡Ay de tí que desprecias! ¿No es cierto que serás tambien despreciado? Sí, en el momento mismo en que consumes tu depredacion, serás tú presa de dos hijos tuyos (Adramelech y Sarsar) que con sus propias manos te quitarán la vida. Y quando ya fatigado dexares de despreciar, serás tú tambien despreciado." Sea así, Señor, ten misericordia de nosotros: tú eres nuestra expectacion: sé tú tambien nuestro brazo fuerte en la mañana, y nuestra salud en el tiempo de la tribulacion. Sí, sí: yo veo desde ahora que á la voz de un Angel huyen los

¹ Psalm. 9. V. 17.

² V. 18.

pueblos: tu exáltacion divina, tu omnipotente brazo ha derrotado sus numerosos ejércitos, ha dispersado las naciones que los componian: el Angel enviado del Señor acabara en una sola noche al filo de su espada con ciento ochenta y cinco mil combatientes de aquel asombroso ejército. Se ha engrandecido el Señor, porque su habitacion es en lo excelso, y ha llenado al monte Sion del juicio y la justicia. ¹ "Lo habeis oido? Pues tal es vuestro paradero, tiranos de la Iglesia y de la humanidad afligida, hombres emprendedores, proyectistas iniquos, revolucionarios infames. Vosotros no habeis contado jamas con que sobre un excelso hay otro excelso, y sobre todos los del mundo un supremo Dominador, Rey de los siglos, Inmortal é Invisible, Justísimo, Remunerador, contra quien no hay prudencia, no hay sabiduria, no hay consejo que pueda resistirse. Senaquerib acaba á manos de sus propios hijos, Neron por sus propias manos, Domiciano por las de unos conjurados, Valeriano cautivo sirve de escabel al Rey de los Persas quando tiene que montar á caballo, Décio, Maximiano, Dicolesiano, Maxencio, Juliano, Valente, todos espiran mordiéndose las lenguas de rabia; y arrojando un puñado de sangre contra el cielo, exclama el impío Juliano al exhalar el alma: Venciste, Crucificado.

3. Pero si este es un triunfo tan feliz y tan completo, me direis; ¿por qué el Profeta Isaias á renglon seguido prosigue diciendo: He aquí que los habitantes de fuera de Jerusalem clamarán lastimosamente, y los Angeles de paz llorarán con amargura inconsolable? *Ecce videntes clamabunt foris, angeli pacis amarè flebunt.* Los caminos se hallarán cortados, no habrá quien los transite, el pacto del Señor que dará anulado por los impíos que han proscrito las ciudades, y han reputado por nada á los hombres. Lloró y quedó desmayada la tierra, confundido el Libano, Sarón convertido en desierto, Basán y el Carmelo estremecidos. ² Es, hermanos y Señores míos, porque el Justísimo Señor de las venganzas vende muy caros sus beneficios, quando en lo anterior hemos abusa-

¹ Isaias cap. 33. *V.* 1. 2. 3. 5.

² Isaias cap. 33. *V.* 7. 8. 9.

do de sus bendiciones y favores: es tambien, porque sufriendo el rigor de la venganza, hagamos mayor estimacion y aprecio de la grandeza de sus dones: y es últimamente por la causal que daba el Apóstol San Pablo á sus discipulos los de Corinto, porque en medio de las turbulencias de las divisiones, y aun de las heregias, *qui probati sunt, manifesti fianti in vobis,* ³ los que estais aprobados en el acatamiento del Altísimo, los hombres de bien, los verdaderos christianos os deis á conocer al mundo, á los ángeles y á los hombres. Mas como este número por grande que sea, es un determinado número de fieles, y á correspondencia serán muchos los que perezcan, siempre tendrán harto que llorar y lamentar los Angeles de la paz: ya entendamos por ellos aquellos tres Embajadores que el Santo Rey Ezequias envió á contestar con los tres enviados de parte del Rey Senaquerib; ya que con el Padre San Gerónimo entendamos á los Santos Angeles del Cielo, Custodios del Santo Templo de Jerusalem; ó ya finalmente á los Sagrados Apóstoles y á todos sus sucesores en la obra Apostólica del ministerio Sacerdotal, llorarán amargamente. Y si nosotros queremos ya contraernos á nuestras presentes circunstancias, tendrán todos, digo y repito, mucho y muy amargo que llorar, si se consuma la obra de la division de ánimos y contradiccion entre los mismos que debiamos reconcentrarnos, y estrecharnos mas y mas diariamente, para sostener una causa tan santa, tan gloriosa, tan útil y ventajosa para todos los partidos. En dos palabras que harán la division de mi pobre discurso.

"Llorarán amargamente los Santos Angeles Custodios por una division y revolucion tan injusta como irracional. Primera parte."

"Y si no ponemos unos y otros el oportuno remedio, que dicta la caridad y la razon, llorarán amargamente, por no poder socorrernos en esta desastrada lucha. Segunda parte."

¿Pero con quién estoy yo hablando, Hermanos míos muy amados? No, no hablo por cierto con la inclita Ciudad de la Puebla de los An-

³ Epist. 1. cap. 11. *V.* 19.

geles, con la Ciudad de la paz, con el centro de la tranquilidad y de la union, con la fidelísima Puebla, ¹ que se ha hecho sorda á todas las insinuaciones de los inquietos y cabilosos, principalmente de año y medio á esta parte: que ha escuchado con horror y asombro los alborotos de otras poblaciones, y que ha levantado mil veces las manos al cielo pidiendole, que confunda los consejos de todo malvado Achi tofel. No, Señores, de ninguna manera, no quiero hacerlos un agravio tan iniquo: pero si es que hay entre vosotros alguno ó algunos de aquellos genios bulliciosos y mal aconsejados, sean del uno, ó sean del otro partido, con estos si hablaré, á estos dirigiré todas mis expresiones, por si tengo la dicha de hacerlos entrar en acuerdo, reducirlos á tomar unas resoluciones capaces de acabar con todo motivo de resentimiento para lo sucesivo. Dispensadme, Señores, la franqueza con que me explicaré, y hacedme la gracia de suspender vuestro juicio hasta haberme escuchado plenamente. Comencemos con el favor divino, el de la Reyna de los Angeles Maria Santísima nuestra Señora, y de estos mismos soberanos Espíritus.

Quanto se obra en el cielo y en la tierra en órden á nuestra Santa Religion, todo, todo dice el Apóstol San Pablo que es á beneficio de los electos, para que ellos lleguen á optar algun dia la prometida salvacion: *Omnia propter electos, ut et ipsi salutem consequantur.* ² He dicho que en el cielo y en la tierra, porque aun los Angeles santos, no solo los que inmediatamente nos sirven de Custodios, pero aun los de la suprema gerarquía, los Tronos, Querubines y Serafines, todos todos son espíritus administradores enviados á la obra del ministerio en favor de aquellos, que han de obtener la herencia felicísima de la salvacion: *Omnes sunt administratorii spiritus in ministerium, propter eos missi, qui haereditatem capiunt salutis.* ³ En esta suposicion, Señores, si los santos Angeles fueran capaces de dolor y sentimiento, ¿qué congoja, qué afliccion, qué llanto tan amargo no les costaría el ver divididos,

discordes, y devorándose entre sí á los mismos hijos de la salvacion eterna, á sus amados clientes, á la porcion selecta de la Iglesia Católica? ¿Y quanto mas si se quiere blasfemar diciendo que no atacan la Religion esta discordia, y estas empresas de iniquidad y fiereza? ¿Quanto mas con mucho, si se quiere favorecer y patrocinarse con la misma santísima y rectísima Religion Católica ya la rebellion contra el legítimo y jurado Soberano, ya la agresion, el robo, el saqueo, y dilapidacion de los bienes del próximo, ó ya el insulto, el agravio y daño á su persona, á su honor y á su vida? No, no, Religion adorable, no son éstas las máximas que tú me has inspirado desde mi cuna: yo adoro tus divinas revelaciones, venero las divinas Escrituras en que tú estás sanjada, las abro una y mil veces, las escudriño, y no encuentro sino palabras terminantes que de boca del mismo Salvador me intiman: Dad al César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios. ⁴ Toda alma, me dice el Apóstol San Pablo, toda alma sin excepcion alguna esté sujeta, subordinada, obediente á las potestades mas sublimes: porque le hago saber, que no hay potestad legítima que no venga de Dios: por otra parte las cosas que vienen de Dios, todas están bien ordenadas: luego (¿qué consecuencia tan terminante la del Santo Apóstol!) luego el que resiste á la legítima potestad, resiste á la ordenacion divina: y los que la resisten (escuchadlo todos, grandes y pequeños), y los que la resisten, ellos mismos se adquieren la condenacion, de Dios y de los Príncipes. ⁵ Por lo mismo, sigue intimo poco mas adelante, es indispensable que os mantengais sujetos á ellos, no solo por el temor del castigo, sino tambien por obligacion de conciencia: *Ideo necessitate subditi estote non solu propter iram, sed etiam propter conscientiam.* ⁶ Pues no solo al Rey debeis estar sujetos, añade mi venerado Padre San Pedro, sino tambien á sus ministros como enviados por ellos: *Sive Regi, quasi praecelenti; sive ducibus, tanquam ab eo missis.* ⁷ Sí, yo me ratifi-

⁴ S. Math. cap. 22. *V.* 21.

⁵ Apost. ad Rom. cap. 13. *V.* 1. 2.

⁶ *V.* 5.

⁷ S. Pl. Epist. 1 cap. 2. *V.* 13. 14.

¹ Véase la nota al fin.

² Epist. 2. ad Timoth. cap. 2. *V.* 40.

³ Apost. ad Hebr. cap. 1. *V.* 14.

co, yo adoro estas divinas palabras, yo las venero, lo mismo que venero el símbolo de la fe que profesé en mi bautismo: yo quiero vivir y morir en esta santa fe y creencia: yo anatematizo y excomulgo con el Apóstol San Pablo al que pusiere otro fundamento, al que enseñare otra doctrina contraria á esta divina, y las demás que nos enseñan el amor del próximo y la justicia que se le debe guardar á cada uno. Y no solo anatematizo á todos los hombres, y aun á mí mismo, si cayere en este delirio; pero aun á los Angeles del cielo, si fuera posible que tal aconteciera, aun al Angel del cielo lo sujetaria al mismo anatema. Lo dicho dicho, sea excomulgado: *Sicut praedixi, et iterum dico: Anáthema sit.*¹ Pero no siendo esto posible, siendo antes los Santos Angeles los que dieron en nombre del Señor la Ley Antigua, y los Custodios de los muros de la Nueva Jerusalem Militante, y del cuerpo incorruptible de sus sagradas Doctrinas; queda ya demostrado un muy poderoso motivo de amarguísimo llanto para estos Soberanos Espíritus.

Pues aun hay mas, y mucho que procuraré reducir á esta unica comparacion. La Nacion Judaica, Hermanos míos, despues de entregadas todas las otras á la idolatria y al abandono, fue la sola escogida para ser depositaria de la Iglesia, de las divinas revelaciones, del culto del Señor; de su templo, su sacerdocio, sus sacrificios, y sobre todo de sus promesas; pero principalmente de aquellas que les aseguraban que de ellos mismos, de su misma sangre y prosapia habia de nacer un dia el Redentor, que los rescataria de la esclavitud del pecado, lo que no podia hacer la Ley Antigua; que los redimiria de las rígidas y gravosas observancias de aquella Ley propia de esclavos, para trasladarlos á la nobilísima condicion de hijos, de herederos, y no de huéspedes ó advenedizos en la casa de Dios, y que ultimamente les abria las puertas del cielo cerradas por el espacio de quatro mil años desde el instante que Adan se perdió, y nos perdió á todos con su pecado. Ahora bien, Señores, ¿qual era el instante felicísimo en que se habian de reali-

¹ Ad Galat. cap. 1. V. 9.

zar tan grandiosas y magnificas promesas? Era, Católicos, el instante memorable y singular de la muerte sagrada de nuestro Redentor: en ese instante habia de ser exáltado el Hijo de Dios á beneficio de los Judios, habia de ser juzgado el mundo, y el Príncipe de las tinieblas arrojado de la usurpada posesion. Pues puntualmente en ese mismo dia, en ese momento fue quando perdieron toda la felicidad que se les habia prometido con tan magnífico aparato, negaron al Hijo de Dios por su Rey, y reconocieron mas bien al que los habia tiranizado, pidieron á voces su muerte en el mas afrentoso patíbulo, y exclamaron, que su sangre iniquamente derramada cayera en maldicion sobre ellos y sobre sus hijos. Esta desgracia insoportable era segun varios Santos Padres la que les anunciaba Isafas, que llorarian amargamente los Angeles de la paz; y las mismas proporcionalmente, y por los mismos términos llorarian de nosotros si llegase á consumarse este proyecto de iniquidad. Haced conmigo la aplicacion por vida vuestra.

Trecientos años ha, me direis, que estamos esperando y deseando nuestra felicidad política y no acaba de llegar. Poco á poco: sabed que si ha llegado y comenzado esta época memorable en los años de mil ochocientos nueve y mil ochocientos diez. Miradlo clare. ¿Os quexabais de que la nacion Americana estuviera siempre pospuesta y en el segundo lugar de la Monarquía? Pues sabed que habeis sido elevados á igualaros en todos derechos con la misma España antigua nuestra Madre. ¿Sentiais no tener parte en el alto Gobierno de la Nacion? Un hijo del Reyno, elegido por nosotros mismos, ocupa el Sólido Real en representacion de nuestro adorado FERNANDO VII. que Dios conserve. ¿Careciais de representacion para poder reclamar vuestros derechos, porque vuestras representaciones, si las haciais, habian de pasar por manos extrañas y tal vez desafectas? Se os manda elegir unos representantes á vuestro gusto y contemplacion, hijos del mismo suelo, acreditados por vosotros mismos, y autorizados con un poder irresistible. Y á mas de esos representantes cada uno de vosotros tiene concedida por el mismo Soberano amplísima

facultad para tomar la pluma y pedir, alegar y reclamar quanto estime racionalmente conducente á la felicidad Americana. . . . ¿Qué mas? ¿Se embotaban y entorpecian las buenas providencias en manos de algunos Jueces, ó bien desamorados, ó bien zelosos de vuestra felicidad? El Gobierno aborreciendo toda mala versacion, va á poner en manos de los mismos Ayuntamientos, de los mismos Indianos la execucion de las leyes benéficas, que van á establecerse y sancionarse en las actuales Cortes, que se estan celebrando. ¿Y seria posible, Hermanos y Señores míos, que en el punto mismo en que va á comenzar la época memorable de nuestra felicidad, nosotros mismos, nosotros los Americanos la quisieramos destruir, aniquilar y sepultar para siempre entre las ruinas de la antigua España y de la America misma? ¿No seria esto clamar al Cielo por nuestro propio castigo? ¿No seria esto decir á voces que la sangre inocente que se derramase en esta desastrosa empresa, cayese sobre nosotros y sobre nuestros hijos para eterna sal, para eterno oprobio, para eterna desolacion de la infeliz América? ¿Y no llorarian amargamente los Santos Angeles sobre nosotros, como allá lloró Jesuchristo nuestro Señor sobre Jerusalem, diciendo: ¡Ay de tí desgraciada Ciudad! que si á lo menos en este dia que se te ha dado, conocieses tú lo que te puede traer la paz! Pero ahora está oculto á tus ojos. Porque vendrá para tí un tiempo en que tus enemigos te cercarán de trincheras, y te cerrarán á la redonda, y te estrecharán por todas partes y te echarán por tierra á tí y á tus hijos que estan dentro de tí, y no te dexarán piedra sobre piedra, porque no conociste el tiempo en que fuiste visitada. Pero basta.

Hasta aquí, Señores, he hablado con mis hermanos los Americanos: ahora para facilitar-me el conciliar los ánimos de uno y otro partido, debo hablar tambien con mis hermanos los Europeos, á fin de que en la parte que les toque, remuevan á sus próximos toda piedra de escándalo, y todo motivo de llanto á los Santos Angeles de nuestra guarda. Y ante todas cosas deseo arrancar de sus corazones la falsa impresion en que muchos viven, de que todo Americano aborrece decididamente á todo Europeo.

No, no hermanos míos muy amados, arrojad de vosotros tan aciaga y nociva preocupacion: bastante bien se ha declarado nuestro modo de pensar en órden de vosotros en las presentes circunstancias, por la devocion, por el fervor, por el ahinco con que todos hemos concurrido á la celebracion de este solemnísimo Novenario, y con unos concursos tan numerosos á las distribuciones de la mañana, tarde y noche, con las oraciones y sacrificios, con las penitencias, con las espontáneas limosnas aun de aquellos á quienes no se les ha llegado á pedir considerando su indigencia, y con la union divina que se ha palpado á solo el anuncio público de que se iba á celebrar esta piadosa rogativa. Bien visible es la union, el amor, la estimacion, la veneracion, respeto y amistad sólida que se han merecido en todos tiempos y se merecen en el dia muchísimos de vuestros paisanos. ¿Pero quienes? Aquellos Europeos de condicion dulce, de un caracter suave y compasivo, de una benéfica indole, de unas intenciones rectas, y amantes de la pública felicidad. Los obradores de paz en sí y en otros, los que corren y han corrido por esas calles en busca del necesitado, los medidos en sus palabras, los comedidos en sus acciones, los Jueces íntegros, y que mas han sido Padres que Jueces. Pero para decirlo todo en un solo rasgo, y no contraerme ni á los vivos del dia, ni á los difuntos de los tiempos mas remotos, acordaos os ruego, Católicos de los dias quince y diez y seis de Mayo de este presente año, y todo el tiempo posterior: acordaos de aquel Venerable Europeo¹ Sacerdote fiel, y Religioso observantísimo, Padre igualmente de los Europeos que de los Americanos; y decidme por vida vuestra: ¿Quien fue el que no tuvo por muy suya la falta de un Europeo semejante? Contad, si podeis, las lágrimas que se derramaron sobre su cadáver, y se derraman aun sobre su sepulcro: contad los suspiros, los sollosos las exclamaciones al Cielo, y las expresiones tan vehementes que todos escuchamos, hasta llegar á decir algun Americano, que hubiera dado de todo corazon un hijo suyo en rescate de

¹ El R. P. Presentado Fr. José de Prado Dominicano.